

PARTE UNO. Yo

Alguien me dijo: No has despertado a la vigilia, sino a un sueño anterior. Ese sueño está dentro de otro, y así hasta lo infinito, que es el número de los granos de arena. El camino que habrás de desandar es interminable y morirás antes de haber despertado realmente.

La escritura del Dios. El Aleph. Jorge Luis Borges, 1971.

¡Hola! Me presento. Soy Jose Gómez Gómez, el protagonista de esta historia.

Tengo cuarenta y seis o cuarenta y siete años.

¡¡¡Ja, ja, ja, jaaaaa!!! Es bromaaaaaaa. ¿Cómo no voy a saber mi edad? En verdad son cuarenta y seis. Perdona —querida lectora, amable lector— por la pequeña chanza con que he empezado. No te voy a contar una historia de risa, pero bueno, me he permitido esta licencia. ¡Je!

Estamos en noviembre del año dos mil diecinueve.

Soy médico; médico psiquiatra. En realidad mi vida no tiene demasiado interés —como la del protagonista de *La esencia de las cosas*, Seguí, 2019; ver tres o cuatro páginas atrás —¿por qué, entonces, me he decidido a escribir una historia y la empiezo presentándome? Esto no es muy usual, ¿no? O sea lo de presentarse y, al mismo tiempo, decir que lo que se va a contar no tiene interés, ¡vaya chapuza! Parece ser que cuando alguien escribe, y más una novela, siempre lo hace acerca de sí mismo; o sobre cosas ficticias, grandes aventuras o misterios que ese él o ella ha imaginado. ¿verdad? Acerca de su propia vida, experiencias, reflexiones, cosas que lleva dentro, su creatividad y tal... y eso debe de ser interesante para el gran público, ¿cierto? Ya veremos... Todo se andará...

Te cuento que en estos momentos de mi existencia estoy en plena madurez profesional. Me interesa mucho la Ciencia médica, más en concreto la psiquiátrica; la que trata de las profundidades y oscuridades de la mente humana. Así, voy recopilando algunos materiales, como transcripciones de sesiones con mis pacientes, y algún día tal vez escriba un libro serio y bien documentado y quizá llegue a ser famoso por haber aportado algo importante y revolucionario a la citada ciencia. Y creo que entonces este escrito adquirirá alguna relevancia. Sé que no seré el primer científico que escribe algo de ficción como es el caso, mas lo de las profundidades y oscuridades mentales no pasa de moda. Y será interesante ver cómo, además de por mis publicaciones especializadas, también me doy a conocer como novelista antes de jubilarme o de morirme. Queda dicho, perdón, escrito. Je otra vez, pero sin signos de admiración, que no es para tanto, vaya.

Nazco en Madrid, donde sigo viviendo, de eso hace los cuarenta y seis años que te he dicho que tengo. Vengo a este mundo, mis padres me alimentan, estudio, me enamoro, me caso, tengo tres hijas, un perro y una amante, me desenamoro, me separo y así hasta

ahora. O sea, nada del otro jueves, en efecto. Nada fuera de lo normal, de lo que le suele pasar a toda la gente común. Más o menos, claro.

Tras poco más de diez años he cerrado mi consulta privada. Apenas ya no tengo pacientes. La gente, cuando tiene un problema emocional, se va directamente a un o una coach. Y eso está jodiendo mucho a la profesión, a quienes de verdad estamos capacitados para atender los problemas emocionales y mentales. Salirse de este ámbito es realmente peligroso. Ellos sabrán; la gente y los coaches.

¿Que de qué vivo, entonces, si no es de mi consulta? Siempre he trabajado para la Seguridad Social, en hospitales o ambulatorios. En estos lugares el horario es solo por las mañanas y también puedes hacer guardias por las noches, que las pagan bien. Como habrás podido deducir, la consulta privada la tengo por las tardes y derivo allí, cobrando, a muchos de los enfermos a quienes atiendo, gratis, por las mañanas. No te escandalices. Esto es habitual en la profesión médica, ningún problema. Además, la atención sanitaria en la Seguridad Social tampoco es gratis gratis total. Mi sueldo sale de los impuestos pagados por todas y todos e igualmente debemos de tener presente que las sesiones pagadas son más largas que las gratuitas o subvencionadas por el estado, vaya. Y el tiempo vale dinero.

Espera, aclaro algo; me parece que antes ha quedado un poco liado. Te aviso desde ya que esto, definitivamente, no es una autobiografía, aunque de vez en cuando —y creo que en especial un poco más adelante— sí cuento algunas cosas de mi vida que seguramente aparecen por aquí y por allá un poco como por casualidad. O no por eso; ahora veo que tienen su aquel. Ya veremos a ti qué te parece...

Estamos en noviembre, reitero. Hace frío, me duele mucho la cabeza.; es posible que esté un poco resfriado. Me cuidaré.

Sé que alguien me está buscando y eso no me gusta nada. ¿Cómo lo sé? No lo sé. Lo sé y punto.

Este saber me resulta muy incómodo, en serio. Preferiría no saberlo, aunque fuera verdad y realidad que alguien me busca y no invenciones de mi subconsciente. Todo puede ser; lo reconozco.

Muchas veces me siento como observado en la lejanía. Y, pocas, pero algunas, incluso en la proximidad. No es esa sensación común de que alguien te está mirando por la calle, en una cafetería o en el metro. No. Es que literalmente me están buscando. Es súper desagradable, ¡coño!

¿Quién? ¿Por qué? ¿Para qué me busca?

Si ya me ha visto por ahí —en esos lugares que digo o en otros— no tiene más que acercarse y hacerse presente, hablar conmigo, no sé... O buscarme en Google[®], en Facebook[®] o similar y seguro encontrará dónde vivo, mi número de móvil, mi correo electrónico, dónde nací, si estoy casado o divorciado o lo que sea; si tengo hijos, dónde trabajo, cuál es mi orientación sexual; cuáles mis creencias religiosas o preferencias políticas. Vaya, todo, todo, todito. Todo. Y así puede contactarme y decirme o hacerme lo que tenga que decirme o quiera hacerme.

La sensación es constante; no para nunca. No es como si fuera una especie de caminante nocturno rollinestoniano que aparece a medianoche y se va con la luz del día. No; es alguien que siempre está ahí.

Estoy hablando del caminante de medianoche

Tenéis que iros

Bueno, estoy hablando del jugador de medianoche

El que nunca has visto antes

Estoy suspirando tan tristemente bajo el viento...

Escucha y me oirás gemir

Midnight Rambler. The Rolling Stones, 1969.

Resulta muy incómodo sentir que alguien gime a tus espaldas y no poder identificar al *alguien*.

Tengo mucho miedo a la muerte.

—Si el hombre viviera eternamente, sin desaparecer, sin envejecer, si pudiera vivir una juventud perpetua en este mundo, ¿crees que se rompería la cabeza, como hacemos nosotros, pensando en esto o aquello? Es decir, nosotros pensamos, más o menos, en muchas cosas, ¿no? Filosofía, psicología, lógica, o religión, literatura. ¿Crees que si no existiera la muerte surgirían todos esos pensamientos, esos conceptos tan complicados en la superficie de la tierra? Es decir... [Murakami, Haruki (1994). *Crónica del pájaro que da cuerda al mundo*. Barcelona: Tusquets. P. 359].

Vaya, parece que últimamente me ha dado por Murakami.

Por los Rolling me da siempre; aunque en el sesenta y nueve, por ejemplo, que es la fecha de la canción de la que acabo de copiar algo de su letra, yo aún no había nacido ni de coña (nací en el setenta y tres; buen año).

El escritor japonés me gusta mucho, sí. No creo que sea como para darle el Premio Nobel[®] como se dice. Se dice, quiero decir, que es el eterno candidato. Aunque eso, a veces, son cosas más bien políticas. En realidad el importante premio y reconocimiento genial tan solo se lo han dado a dos japoneses en toda la historia. A Yasunari Kawabata el pasado siglo, en mil novecientos sesenta y ocho y, hace menos, a Kenzaburō Ōe en el noventa y cuatro. No los he leído nunca, o sea que no puedo juzgar ni dar una opinión fundamentada. Sobre Murakami tampoco mucho; no lo he leído todo, ¿eh? Me gusta, pero digamos que tampoco es que me vuelva loco.

Eso es a diferencia de los Rolling, que sí que me vuelven loco; si bien ellos no tienen nada que ver con el Nobel[®] ese. Mmmmm, ahora que lo pienso, se lo dieron a Bob Dylan hace poco, ¿no? Sí, en el dos mil dieciséis, lo acabo de buscar en Google[®].

Una explicación: yo no pertenezco a la generación de los Rolling ni de Dylan, obvio. Ni me crie exactamente escuchándolos en casa. En casa de mis padres, vaya. Ellos más bien oían en un picú de marca Dual[®] canciones de Conchita Piquer, Sara Montiel y Raphael. Lo que no está nada mal. Fue ya más tarde, en la universidad, cuando empecé a escuchar rock and roll, folk americano, música psicodélica fumando algún que otro porrete mientras les tocaba las tetitas a mis ligues y tal y me aficioné a ella (a la música; bueno, y a tocar tetitas) junto a cosas más actuales de la movida madrileña, como Radio Futura y eso.

Me callo ya, que hemos quedado en que no te iba a contar mi vida por aquí.

Volviendo a Murakami me da la impresión de que se repite un poco, ¿verdad? Se le puede perdonar. La calidad de sus historias y de cómo las cuenta amerita que se le

pueda perdonar casi todo. Me gustaría, por ejemplo, que cuando describe escenas de sexo fuera un poco más explícito. Aunque también puede ser que dejando cosas a la libertad de la imaginación del lector el morbo sea un poco mayor; no lo niego. O tal vez sea que parte de esa explicitud (¿se dice así?) se haya perdido en el cruel y engañoso camino de la traducción. Y es que sí, una traducción es siempre una traición, un engaño. No culpo a los traductores por ello, ¿eh? Al contrario, sin su trabajo no podríamos leer muchas obras escritas en otros idiomas que el propio. Como el japonés, por ejemplo. Al menos en mi caso. ¡Ojo! Esa frase de que “una traducción es siempre una traición” no es mía. Ahora no me acuerdo de quién la dijo. Y no tengo ganas de buscarlo ni siquiera en Google®. No me gusta copiar sin citar la referencia. Eso —la copia, el plagio— es todavía más traición y engaño. Y cosas peores. Así que diciendo eso de que lo dijo otro, si bien no me acuerdo de quien, ya estoy cumpliendo con uno de mis valores fundamentales: la honestidad. ¡Uy! Qué feo queda que lo diga así, públicamente...

Volviendo otra vez a Murakami, he de recordarte que escribo esto en los años dos mil diecinueve y dos mil veinte. O sea que si entre que publico la novela, la doy a conocer, te decides a comprarla y leerla y todo eso, ha pasado un tiempo; igual ya le han dado el citado e importantísimo galardón, ¿eh?

Aunque ya sé que me vas a decir que todavía soy joven, ya intuyo a la Parca rondándome por ahí. No quiero. No quiero conocerla ni que me conozca a mí. Tal vez sea justo la persona que me está buscando; esa sensación tan incómoda a que me refiero un par de páginas atrás. Ella es poderosa. Si quisiera encontrarme ya lo hubiera hecho, ¿no? No necesita a Google®. Supongo, vaya.

La muerte me da mucho miedo. No quiero morir, desaparecer para siempre, perderme en la inmensidad de la eternidad sin poder volver a deleitarme con tantas cosas

que he disfrutado en esta vida; incluso las que me quedan por hacer. Y cuento también con los momentos dolorosos. Que no me gustan, eso seguro. Pero estar, están.

«Es natural; tienes que aceptarlo», me digo. No. No tengo ni quiero aceptarlo. No quiero morir. «No puedes vivir para siempre», sigo diciéndome. Es muy probable que sea así, vale. Es hasta seguro que es así. No quiero morir. No ahora. Ni dentro de un rato, digamos. O sea, aun siendo un rato largo; veinte o treinta años, por ejemplo. No quiero morir ni siquiera dentro de cien años ni de doscientos. Sé que no puedo ni debo vivir eternamente. Mas tampoco morir eternamente. Aún estoy a tiempo de hacer muchas aportaciones a la Ciencia y de pasármelo bien.

No me consuela la Filosofía. Leo, por ejemplo, que “Mientras vivo, no hay muerte, y cuando venga la muerte, yo no existiré”¹. O, como dice el propio Murakami en el libro ya referenciado y que leo hace unos días, “Una vez muerto, ya no iba a perder nada más. Tal vez eso sea lo bueno de morirse” (Op. cit., página 26).

¿Y?

En cualquier caso, como médico que soy, puedo dar fe de que en este asunto no hay término medio ni relativismo posible. Aunque existen expresiones populares que se usan y aceptan en las conversaciones comunes, como “estoy medio muerto de hambre” o “casi me muero del susto”, pues no; ni *medio* ni *casi*. O se está vivo o no. O muerto o no, claro. Aquí la dicotomía es ley. No hay alternativa.

Desde que hace poco cuando cierro la consulta y me separo o al revés; una cosa no tiene relación con la otra (bueno, es mi mujer quien se separa de mí; ya lo leerás), por las tardes no suelo tener mucho para hacer. Duermo una breve siesta, escribo un rato y hago tiempo hasta la hora de cenar.

¹ Epicuro, 341 a. C. - 270 a. C. Cit. en VV. AA. (2007). *Historia universal del pensamiento filosófico*. Ortuella: Líber. Pág. 116.

He pasado casi toda mi vida trabajando para la Seguridad Social, como sabes, y para poder sacar adelante a mi familia me he chupado más guardias que un recluta de esos de cuando la *mili*. En todo ese tiempo también publico algún artículo en revistas científicas y participo en congresos, seminarios y conferencias; aun sin demasiada relevancia. Ahora hace años que ya no. No he perdido mi ilusión por ser un científico famoso, ni de serlo asimismo como novelista. Sin embargo he invertido el proceso. Dedico una gran parte del tiempo libre a escribir historias. Ya retomaré lo de las investigaciones sobre la mente humana, los artículos científicos, las presentaciones en congresos y asuntos similares. Para inspirarme necesito, no sé, como relajarme saliendo a la calle, observando a la gente, poniendo atención en mis propias sensaciones, intuiciones, reflexiones, imaginaciones. No puedo mezclar lo novelístico con lo científico. No encuentro una metodología para eso.

Estoy pensando que tal vez lo contenido en este libro —ya te digo, bastante extraño— sea tan solo un sueño; uno dentro de otro y así prácticamente hasta el infinito de los granos de arena, como asegura mi querido Jorge Luis Borges hace un rato. Y sí, es muy posible que muramos —todas y todos— antes de despertar.